

# La muerte no tiene la última palabra

## MEDITACIÓN 2

### A modo de enganche

Queridos peregrinos,

La eternidad nos concierne a todos. Dios nos creó para hacernos partícipes de su vida bendita. Este objetivo da sentido a nuestra vida. Incluso la muerte puede transformarse en una obra satisfactoria. ¿Qué ocurre con la armonía entre cuerpo y alma en el momento de la muerte?



¿Debemos descuidar el cuerpo, que tiende a debilitarse con el paso del tiempo y procurar preservar el alma, que puede desarrollarse hasta el último día?

### Ideas principales

- ¿Por qué estamos en la tierra? ¿Qué quiere Dios de nosotros?
- La inmortalidad del alma humana es un don de la gracia de Dios.
- El momento de nuestra muerte es decisivo tras la lucha que diariamente hemos librado a lo largo de nuestra vida contra el pecado
- La incesante curiosidad del hombre por saber qué pasa después de la muerte. ¿Cómo responden los paganos esta pregunta?
- La Iglesia, madre y maestra, nos da algunos detalles que debemos conocer sobre el juicio particular.
- Es bueno pensar en la muerte en vez de tapanla con un pañuelo, de apartar nuestro pensamiento de ese momento tan importante de nuestra vida.

### La eternidad nos concierne a todos

Imagina a un padre o madre que confía a unos amigos cercanos: *“En estos momentos, vivimos un verdadero infierno en casa con nuestros hijos adolescentes”.*

Imagina a una mujer de unos sesenta años de Neuilly hablando con su peluquera: *“mi marido y yo hemos comprado un pequeño bungalow en la Isla de Re, ¿conoces la isla de Re?. ¡Es un lugar encantador, un auténtico rincón del paraíso!”*

Terminemos con la entrevista a un jugador de rugby tras el pitido final: *“Estamos contentos de haber merecido esta victoria. Después de un comienzo de temporada bastante difícil, los puntos que hemos sumado con esta victoria son buenos para nosotros. Tenemos la sensación de haber salido un poco del purgatorio.”*

**El infierno. El paraíso. El Purgatorio. Estas tres realidades que, pertenecen a la fe católica y a la Revelación,** han pasado a formar parte de nuestro patrimonio cultural y civilizacional...

En nuestra vida cotidiana, no dudamos en acudir a estas evocadoras imágenes vinculadas a nuestro destino ineludible: la muerte. Estas imágenes nos hablan, y es normal. Porque en el fondo, nuestra naturaleza humana intuye, de forma más o menos confusa, que la eternidad le concierne.

## ¿Por qué creó Dios al hombre?

La primera pregunta del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica nos da la respuesta: “*¿Cuál es el designio de Dios sobre el hombre? Infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, Dios, en un designio de pura bondad, creó libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada*”.

Como criatura, el ser humano es absolutamente dependiente. No es un ser de derecho, sino sólo un ser de hecho. Al comenzar nuestra peregrinación, propongo que reflexionemos juntos sobre la gran verdad, tan olvidada desgraciadamente, de nuestro destino eterno

Si el ser humano fuera un ser de derecho, lo habríamos sido siempre, habríamos sido imprescindibles. Pero un día nacimos, un día empezamos. Por eso, reflexionando, podemos ver que durante mucho tiempo el mundo prescindió de nosotros... El lugar que ocupamos, en la escala de los siglos, parece a primera vista minúsculo y reducido. Mañana dejaremos de estar y la tierra seguirá girando...

En otras palabras: **lo poco que somos no nos lo hemos dado a nosotros mismos**. Nuestro cuerpo, nuestra alma, las características de nuestra familia, nuestras raíces, nuestro temperamento, nuestra salud: No elegimos nada. Todo nos fue dado desde el principio. Dios no tenía necesidad de nosotros, y no fue por esta razón, tan grata a nuestra autoestima, que nos creó.

“*Señor, ¿por qué me has creado?*”, es el gran grito del hombre. En el comienzo de nuestra peregrinación, esta pregunta tiene todos los motivos para convertirse en nuestra brújula. Su respuesta nos indicará la dirección correcta y guiará nuestra naturaleza herida.

**Dios nos ha creado para comunicarnos su Cielo**, para introducirnos en su Paraíso. Nos ha llamado a la existencia porque aspira, en un designio de pura bondad, a ejercer en nosotros su liberalidad. Lo que enseña el catecismo es como una palmadita en la espalda, de esas que apoyan, animan y consuelan. Depende de nosotros recibirla como tal y ganarnos nuestra salvación. Sólo entonces, en la eternidad del Paraíso, podremos participar de la vida divina de Dios mediante la adoración y alabanza al servicio de su gloria, para nuestra mayor dicha

## La inmortalidad del alma humana

“*No temáis nada a los que matan el cuerpo, más el alma no pueden matar; más bien temed a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*”.

En el *Catecismo de la Iglesia Católica* n.º 366, “*la Iglesia enseña que toda alma espiritual es creada inmediatamente por Dios – no es “producida” por los padres; también nos enseña que es inmortal: no perece al separarse del cuerpo en la muerte, y volverá a unirse de nuevo al cuerpo en la resurrección final.*”

El alma, que es una realidad espiritual, es por lo tanto inmortal: Hay una vida para ella, después de la vida de esta tierra.

Pero el hombre no es un alma: es cuerpo y alma, espíritu y materia. Por esta materia, la muerte - que, recordemos, es la separación del alma inmortal de nuestro cuerpo mortal- es filosóficamente natural para el hombre, porque es normal en sí misma que la materia se desintegre al cabo de un tiempo. Y, sin embargo, cuando el hombre entró en el mundo, en el Paraíso terrestre, Adán y Eva fueron creados inmortales por Dios: no debían morir. Esta inmortalidad original del hombre no era una propiedad de su naturaleza, sino **un don de gracia**.

Sin embargo, lo que era un regalo de Dios a nuestra naturaleza se volvió en contra: Adán y Eva, al cometer el primer pecado, trajeron la muerte al mundo. A través de nuestros primeros padres, todos hemos pecado. Como una nota equivocada en una armonía musical, la universalidad del pecado condujo al caos general. La desarmonía entró en el mundo a causa del pecado original. Y por eso la muerte es ahora un castigo para el hombre, porque perdimos nuestra inmortalidad a causa de la desobediencia.

## El momento decisivo de nuestra muerte

Todos conocemos las palabras de santa Teresita del Niño Jesús: **"No muero, entro en la vida"**. Para el verdadero discípulo de Cristo, la muerte no tiene el mismo significado que para el mundano, porque al morir en la Cruz y resucitar, Jesús ha transformado el sentido de la muerte cristiana: de callejón sin salida, se convierte en paso hacia el Cielo. Es como la actualización de su bautismo: "muerto con Cristo" de forma sacramental por el bautismo, el cristiano está llamado a morir al pecado cada día: *"Haced morir, pues, vuestros miembros, los miembros del hombre terreno, la fornicación, la impureza, la lujuria, todo deseo malo y la avaricia que es idolatría"* (Colosenses 3,5)

Esta lucha espiritual ante los desafíos de la vida y la perspectiva de la muerte son oportunidades para configurarnos con Cristo, que murió y resucitó para redimirnos de nuestros pecados. **La muerte, que es la pena última por el pecado, se transforma así en una obra satisfactoria si se acepta y se vive en unión con la muerte de Cristo.**

Para los bautizados, la muerte se hace deseable, se convierte en un bien: el día de la muerte se convierte en *dies natalis*, el día del nacimiento en el cielo: *«Para mí, ciertamente, la vida es Cristo y morir representa una ganancia. Me siento atrapado en esta alternativa: Por un lado, tengo el deseo de ir y estar con Cristo, que sería mucho más preferible; pero por otro, permanecer en la carne es más urgente para tu bien»*. (Filipenses 1,20-24)

\* No es casualidad que el diablo, *"como león rugiente, nos acecha, buscando a quién devorar"* (1ª Epístola S. Pedro 5,8-9) se disponga a dispersarnos, para distraernos de la cuestión decisiva de nuestro destino. Más que nunca, una de las tragedias del mundo posmoderno reside en el hecho de que se oculta la muerte.

\* La publicidad, las redes sociales, los programas de televisión, las campañas de información de los gobiernos y los entrenadores de todo tipo abarcan un amplio abanico de temas: nos enseñan a comer fruta y verdura, a hacer deporte, a dormir bien, a respetar el planeta, a separar nuestros residuos... Pero ¿quién quiere enseñarnos a morir bien? **¿Quién nos enseña a prepararnos para la muerte?**

La cuestión de la muerte está arraigada en el alma de todo ser humano, y siempre acaba golpeando y atormentando. A falta de una reflexión religiosa sobre el tema del destino eterno, los medios de comunicación evocan el más allá de forma indirecta y heterodoxa, utilizando recursos sensacionalistas: los famosos programas de la madrugada... *"Normal, paranormal", "¿Los videntes, realmente dicen la verdad?" "Experimentaron la muerte y salieron de ella"...* Todos esos programas tienen nombres pegadizos para aumentar la audiencia. Lejos de responder a las preguntas existenciales de la gente, estos documentales o pseudo-investigaciones buscan despertar una curiosidad morbosa.

En el pasado, las generaciones estaban imbuidas de la idea de la muerte. Todo el mundo convivía con la muerte, incluso desde edad temprana. Tres generaciones compartían vida doméstica cotidiana bajo el mismo techo. Velábamos a los muertos, veíamos morir a los animales. Para todos

y cada uno de nosotros, no había duda de que nuestras vidas llegarían a su fin algún día, y nos preparábamos para ello con normalidad.

Hoy en día, la muerte está tan oscurecida, tan olvidada, que pensar en ella parece sospechoso, hablar de ella se vuelve curioso y enfrentarse a ella genera a veces en nuestro entorno fragilidades psicológicas que nuestros mayores no experimentaron. **La muerte se ha vuelto vergonzosa y acaba siendo fuente de miedo. "Esconde esta muerte que no puedo ver..."**

Y sin embargo, la angustia metafísica de la eternidad permanece en nuestros contemporáneos, independientemente de lo que la corriente dominante quiera hacernos creer. De ahí la importancia de exponer claramente la enseñanza de la Iglesia sobre el más allá.

## Algunos detalles sobre el juicio particular

La muerte es el fin de nuestra existencia terrenal. Es ley universal de la humanidad: Para entrar en la eternidad, debemos morir.

Una teoría moderna muy difundida pretende tranquilizarnos afirmando que después de la muerte, o en la muerte, aún podremos elegir a Dios y renunciar al pecado: es la teoría de la opción final. Pero el peligro de esta teoría es que elimina todo lo que está en juego en la vida terrenal, y la capacidad real del hombre de elegir a Dios o rechazarlo en esta tierra. Y, sin embargo, el Señor nos dice: después de la muerte, seremos juzgados por nuestras obras, las de la tierra: es ahora cuando hago la elección, hoy es el momento de la Salvación. No mañana. En la muerte, el tiempo de los méritos y deméritos se acaba. Todo está cumplido. En ese momento, se pesa la balanza eterna: es el momento del juicio particular.

*El Catecismo de la Iglesia Católica dice: "La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a aceptar o rechazar la gracia divina manifestada en Cristo. El Nuevo Testamento habla del juicio principalmente desde la perspectiva del encuentro final con Cristo en su segunda venida, [esto es lo que se llama Juicio Final] pero también afirma repetidamente la retribución inmediata después de la muerte de cada persona según sus obras y su fe [esto es el Juicio Particular]. La parábola del pobre Lázaro y las Palabras de Cristo en la Cruz al Buen Ladrón, así como otros textos del Nuevo Testamento hablan de un destino último del alma que puede ser diferente para unos y para otros. Cada hombre recibe en su alma inmortal su retribución eterna en cuanto muere, en un juicio particular que remite su vida a Cristo, bien para purificarse, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del Cielo, bien para ser condenado inmediatamente para siempre. (Catecismo 1021 y 1022)*

¿Cómo imaginar ese juicio particular? Un juicio humano tiene tres cosas: Examen de la causa, pronunciamiento de la sentencia y ejecución de la sentencia.

- **El examen de la causa es inmediato:** Es una acción divina que ilumina súbitamente el estado del alma: Sus méritos y deméritos, con una claridad que excluye toda sombra de duda y toda discusión.

- **El pronunciamiento de la sentencia** resulta necesariamente de esto, **se expone el alma bajo esta luz por la cual el alma se conoce a sí misma en su verdad**, leyendo en su conciencia como en un libro: "Ninguna criatura está oculta a Dios, sino que todas están desnudas y descubiertas a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas." (Epístola a los Hebreos 4, 13) El alma no puede contradecir en modo alguno este juicio, porque sabe que es verdad.

- **La ejecución de la sentencia es**, pues, **inmediata**, consiste, por parte de Dios, en una orden, y por parte del alma, en un movimiento hacia el lugar de premio o castigo.

- ¿Quién es el autor de la sentencia? Dios mismo (pero el alma no ve a Dios cara a cara, es iluminada por Él). Santo Tomás de Aquino aclara que Cristo, como hombre, intervendrá también en el juicio particular: *“Para hacerlo más suave”* (indulgente). (Summa Teología IIIa Q.59, 2)

- ¿Cuándo es el momento? Es en el momento mismo de la muerte y, más exactamente, el primer momento de la vida del alma separada, sumergida desde el principio en esa luz plena que determina su destino definitivo

• Así, en el momento del Juicio Particular, su humanidad intervendrá aunque no se manifieste (mientras que para el Juicio Universal, es Cristo mismo quien juzga). Seremos juzgados según la verdad, seremos medidos sobre ella, y la verdad es Él.

## Conclusión

*“Los mortales no tenemos menos cuidado en enterrar los pensamientos sobre la muerte que de enterrar a los propios muertos”*, dijo el gran predicador Bossuet. Así pues, ¡cuidémonos de no descartar de entrada la inexorable realidad de nuestra muerte!

*“Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás”*, nos dice el sacerdote cuando impone la ceniza al comienzo de la Cuaresma. ¡Ah, si pudiéramos tener esta verdad ante los ojos de nuestras almas durante todo el año!

Cada mañana, nos beneficiará mucho repetirnos esta frase en voz alta. Arrodillarnos a los pies de nuestra cama al levantarnos o acostarnos, y besar nuestro crucifijo o el suelo de nuestra habitación en señal de humildad, diciendo: *“Recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás”*

Estemos preparados, en línea con el explorador *“Semper Parati”*: Esta es la verdadera apuesta de nuestra vida bautismal.

No es casualidad que en la oración del *“Ave María”*, pidamos a la Santísima **Virgen que nos acompañe en la hora de nuestra muerte**, pues es precisamente la hora que podrá salvar lo que queda por salvar.

A menudo, lo escucharemos durante esta peregrinación: *“Por el amor seremos juzgados”* (San Juan de la Cruz, *Opinión Espiritual* n.º 56), según consejo de San Juan de la Cruz. El misterio de nuestra vida eterna solo puede esclarecerse con la luz de nuestra caridad vivida aquí abajo.

### Bibliografía

• Píus María NOONAN, *“La opción final en la muerte”*, *Sedes Sapientiae*

nº 139 (marzo de 2017).

### *“Citas 2 - La muerte no tiene la última palabra”*

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.

Segunda Epístola de san Pablo a los Corintios (5, 1)

Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.

Segunda Epístola de san Pablo a los Corintios (5, 8)

En verdad, en verdad, os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.

San Juan (6,47)